

Marta está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte pues había sufrido un aparatosísimo accidente de coche.

Ella sobrevivirá, pero como consecuencia de su falta de atención y reflejos, debido a la medicación, aquel despiste suyo le costará la vida a numerosas personas.

Tardará varios años en recuperarse, pero todo el sufrimiento físico que tendrá que soportar para lograrlo le servirá para adquirir ciertos valores morales.

Virtudes como la castidad, la templanza, la generosidad, la paciencia, la humildad y la diligencia, desplazarán a los enemigos del bien con mayúsculas, los pecados capitales que siempre habían regido su existencia siguiendo una moda occidental made in Hollywood.

Para empezar dejará de ver 'Sexo en Nueva York', uno de sus vicios más arraigados desde hacía años, creyendo que aquello era lo más cool del mundo cuando se trataba precisamente de lo contrario.

Con esa medida de higiene moral, su lujuria se irá apaciguando, dejándole el alma algo más libre para considerar a los hombres como personas, asexuados, en vez de pollas con patas.

Milagrosamente, quizás en relación con la reducción de la ansiedad que le provocaba permanecer en constante estado deseante, su apetito, no sólo carnal sino alimenticio, se irá reduciendo paulatinamente.

También dejará de ver a las mujeres como competidoras, ya que se dará cuenta de lo difícil que resulta para todas superar problemas reales, y al fin sabrá que los quirófanos no sólo sirven para corregir pequeñas imperfecciones.

Como las enfermeras del hospital público en el que permanecerá meses ingresada serán casi todas rubias y estarán buenorras, en vez de envidiarlas a muerte, aprenderá a apreciar su cariño y sus cuidados, tan valiosos en su estado.

A partir de aquel momento se volverá menos tacaña, y eso le vendrá muy bien no sólo a su alma, sino también a su cuerpo.

En vez de amargarse por cada céntimo que había de gastar, en cuanto salga del hospital se convertirá en una hija pródiga para desgracia de su padre, que llevaba años manteniendo una relación con una mujer más joven aún que ella, prometiéndole que pronto él sería el dueño de todo.

Para empezar, cuando vuelva a caminar y salga a la calle, no se apartará ya de los pobres como si fueran apestados, sino que se acercará a ellos para ofrecerles no sólo limosna, sino atenciones y respeto.

Lo cierto es que se volverá una ONG andante, porque algo, tras casi traspasar el umbral de la muerte, le revelará que el dinero no es para guardarlo en los bancos ni para trabajar con el fin de hacerlo aumentar; sino para comer, vestirse y tener donde dormir.

Casa tendrá, con que vestirse le sobraré, y para comer mejor, aprenderá a cocinar.

Entonces comprobará que la paciencia necesaria para preparar la comida, lleva a adquirir la templanza necesaria para no engullirla como los cerdos, sino con modales y a un ritmo que permite saborear los alimentos y quedar saciado.

Lo mismo aprenderá que también sucede con respecto al sexo cuando se hace con delicadeza y ternura, en vez de remedando a los animales.

Lo descubrirá el día que decida descubrir quién había sido el hombre al que había dado plantón aquel trágico, pero trascendental, 15 de mayo.

Cuando le vió, le encantaron sus ojos glaucos y le recordaron a los de un chico con el que había tenido una aventura maravillosa veinte años atrás.

Al final resultó ser el mismo.

Y dos años después vuelve al hospital, pero por razones muy distintas.